

# Martí en Nueva York: en busca de respuestas

**Ramón de Armas**

*Investigador. Centro de Estudios Martianos.*

Estimo desacertadas las valoraciones que sitúan el inicio de la profunda penetración de José Martí en las realidades de la totalidad del continente, precisamente como consecuencia de su residencia en los Estados Unidos —en 1880, y entre agosto de 1881 y enero de 1895.

Cuando Martí inicia su residencia en Nueva York,<sup>1</sup> ya va cargado de concluyentes criterios acerca de los propios Estados Unidos, acerca de las repúblicas nuevas de la América Latina, y acerca, desde luego, de la relación entre ambos.

Ya, desde entonces, tendrá en aquella ciudad el centro de sus actividades independentistas y de subsistencia personal durante casi catorce años, hasta que en 1895 salga, para incorporarse a través de República Dominicana, a la guerra reiniciada en Cuba el 24 de febrero de ese año, y morir en ella.

Desde Nueva York escribió José Martí sus numerosísimas correspondencias para importantes publicaciones periódicas de América Latina. Muy posiblemente haya sido el mejor cronista en lengua hispana de la vida de la ciudad, y de todo el país, durante el período en cuestión. Caló con profundidad y sapiencia tanto en la una como en el otro. A través de sus crónicas, los más disímiles aspectos de la realidad neoyorquina, y estadounidense en general —acompañados de brillantes

análisis que deslumbraron a lectores de todo el continente—, pueden ser hoy amplia y detalladamente revisados. Los objetivos mayores de su profundo análisis de la sociedad estadounidense estarán vinculados, de manera directa e inseparable, a las aspiraciones nacidas de su conocimiento y contacto con la singular realidad latinoamericana, que presuponen (como de hecho sucedió) la más actualizada familiarización con el pensamiento político y social latinoamericano anterior —y contemporáneo— al suyo.

Pero sus ideas en esta dirección vienen desde muy atrás en el desarrollo de su pensamiento, y desde muy temprano en su vida. Recordemos aquel bien conocido pasaje de los apuntes martianos de 1871, cuando, recién llegado a la España de su primer destierro, comenta que

Los norteamericanos posponen, a la utilidad, el sentimiento. Nosotros [los cubanos] posponemos, al sentimiento, la utilidad. Y si hay esta diferencia de organización, de vida, de ser; [...] ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan?<sup>2</sup>

Y a continuación, en lo que desde hace muchos años hemos considerado como una precoz penetración en la especificidad cubana, como un primer paso en su aprehensión de la especificidad latinoamericana, y como

una radical crítica al devenir histórico de la sociedad estadounidense —por entonces, y después, tan injustamente admirada—, Martí expresa:

Imitemos ¡No! —Copiemos ¡No! —Es bueno nos dicen. Es norteamericano, decimos. —Creemos, porque tenemos necesidad de creer. Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse. [...] ¿Cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes?  
Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!<sup>3</sup>

Quizá estas puedan ser posiciones demasiado tajantes para un muchacho que solamente tiene, al momento, 18 años de edad. Pero las líneas con que continúan esas anotaciones o apuntes suyos nos demuestran, con fuerza convincente, que sus afirmaciones eran resultado de la más detenida meditación y de una precoz apreciación de lo que para su pueblo y su país, desde entonces, ya quiere. Así, añade:

Y si el estado general de ilustración de los Estados Unidos os seduce, a pesar de la corrupción, de su metalificación helada, ¿no podemos nosotros aspirar a ilustrar sin corromper?<sup>4</sup>

Pocos años más tarde, en 1875, después de haber estado muy directa y activamente inmerso en la realidad mexicana, sus ideas continúan transitando en la misma dirección apuntada en 1871, y avanza en su ahondamiento de las especificidades de esa realidad, en particular, y de nuestra parte del mundo, en general. En múltiples oportunidades reaparecerán tales reclamos de autoctonía en sus escritos mexicanos —y posteriormente en los guatemaltecos—, en evidente continuación de una concepción en la que se desea insistir con respecto a las peculiares realidades de nuestra parte del mundo —y desde luego, condicionados por aquel creciente conocimiento de la especificidad latinoamericana. Serían excesivos los fragmentos de los escritos martianos que pudiéramos recordar. Traigamos solo uno a colación, por su sentido sintético y preciso: «La imitación servil extravía, en economía, como en literatura y en política».<sup>5</sup>

Su objetivo es muy claro desde aquellas tempranas épocas, y no lo abandonará en ninguna circunstancia. Por ejemplo, en 1889, y con motivo de haber asumido la dirección de la revista infantil *La Edad de Oro*, publicada en español en Nueva York y destinada a los niños de todos los países de América Latina, le confiesa a Manuel Mercado:

y ya que me la echo a cuestras, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdenosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono

se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo.<sup>6</sup>

En resumen, cuando Martí se radica en Nueva York en enero de 1880, lleva, entre otras premisas que condicionarán su análisis (y a las que nos referiremos después), las siguientes:

1. Que nuestros países latinoamericanos son realidades plenamente diferenciadas, tanto de las repúblicas europeas como de la vecina república norteamericana, que él alguna vez llamó, precisamente, «la América europea».
2. Que las repúblicas de estructuras, funciones productoras y rasgos aún coloniales de América Latina («la colonia continuó viviendo en la república»,<sup>7</sup> diría), tampoco son *su* república: no son aquel tipo de repúblicas que él aspira a lograr, con un aceptable —no excluyente— nivel de prosperidad y bienestar general, y deben, por tanto, ser sometidas a muy profundas —aunque también muy graduales— transformaciones.
3. Que las fórmulas políticas, económicas o sociales traídas de otras latitudes y de otras realidades no constituyen una vía de solución para las repúblicas latinoamericanas. De ello ha dejado, en sus escritos de México, entre 1875 y 1876, testimonios muy fehacientes y convincentes. Atribuye, además, a los intentos de copia de los modelos republicanos europeos y norteamericano, una buena parte de sus problemas económicos y sociales y de los conflictos laborales que ya comienzan a manifestarse en aquella república entre los que él denomina «los capitalistas y los trabajadores», y cuya agudización considera posible evitar dentro de nuestras peculiares realidades latinoamericanas.
4. Que el desarrollo histórico de la república en los Estados Unidos ha dado origen a una sociedad hacia la cual ya ha manifestado, desde tan temprano como 1871, un fuerte rechazo. En México, llega a preguntarse si, en relación con graves conflictos fronterizos que están teniendo lugar en 1875-76, el propio gobierno estadounidense no estará respondiendo a los intereses de los que llama «agiotistas» y «mercaderes». O lo que es lo mismo, se está percatando de la raíz esencialmente económica de la agresión militar inminente:

La cuestión de México como la cuestión de Cuba, dependen en gran parte en los Estados Unidos de la imponente y tenaz voluntad de un número no pequeño ni despreciable de afortunados agiotistas, que son los dueños naturales de un país en que todo se sacrifica al logro de una riqueza material.<sup>8</sup>

5. Que es necesaria la unión —bajo formas que, por entonces, no llega todavía a precisar— de las repúblicas latinoamericanas. Aún se trata, desde luego, de una unión *defensiva* similar (aunque no igual) a la propugnada durante todo el siglo XIX

- latinoamericano, por pensadores y políticos de altísima o regular importancia, según el caso. Pero sí está claro para él que se trata de la necesidad urgente de defensa ante una amenaza de agresión económica (como lo deja expresado en México, y también en Guatemala), ante la cual las repúblicas nuevas de América Latina tienen, con urgencia, que crecer y desarrollarse. Y lo sabe, precisamente, porque a esas alturas de su pensamiento acerca de la totalidad del continente ya ha percibido y definido la tendencia de la república norteamericana hacia ese tipo de penetración económica —sin que ello implique que, en el período al cual nos referimos, haya detectado los mecanismos (como lo hará después) de que aquella república habrá de valerse para lograr la preponderancia que se ha propuesto sobre los demás pueblos del continente.
6. Aunque no deja constancia alguna de que intuya o perciba, por entonces, los peligros implícitos en un comercio de exportación dirigido a un mercado único o principal (como hará explícito muy pocos años más tarde), sí expresa su convicción de la necesidad de defender la producción nacional —después del análisis de cada situación específica— ante la introducción libre en el país de artículos más baratos procedentes de naciones industrialmente adelantadas.
  7. Que las formas de organización colonial supervivientes en las repúblicas latinoamericanas —al igual que los intentos liberales ensayados en México y en Guatemala— han excluido invariablemente a las grandes masas de población de origen más humilde, o en el mejor de los casos (como en el de la reforma juarista mexicana) las han tenido en cuenta solamente como beneficiarios parciales e indirectos de las reformas, pero no como protagonistas activos de cualquier intento de transformación o modificación del orden económico y social establecido.
  8. Que en la totalidad de la que ya en México, en 1876, ha calificado con el término de «nuestra América» (que adquirirá contenido conceptual y uso sistemático a partir de su residencia en Guatemala), ha surgido, de la unión de la población autóctona y la población conquistadora de origen hispano, un pueblo original y distinto —y no solamente un pueblo mestizo— que difiere ya de los que están en sus raíces por características, virtudes, capacidades y cultura muy perceptiblemente diferenciadas.
  9. Que esas grandes masas nacionales no tienen aún el nivel de cultura suficiente que les permita asumir la dirección de sus respectivos países —ni tienen el grado necesario de integración como para constituir una nacionalidad plenamente consolidada, sino solamente una en proceso de formación y fortalecimiento—, no solo por la exclusión de que son objeto, y que Martí conoce directamente en México y Guatemala, sino también, como ha tenido oportunidad de comprobar en su propia tierra natal,

por las desuniones, contraposiciones y divisiones —sobre todo, regionales y raciales.<sup>9</sup>

10. Que los sectores que han tenido el privilegio y la exclusividad del acceso a la cultura —aun cuando esta haya sido mayormente importada y generada por realidades ajenas a las nuestras— tendrán que ser los encargados de gobernar y dirigir el país, pero deberán hacerlo a nombre de esas masas integradas por los sectores más desposeídos y preteridos de nuestras sociedades latinoamericanas,<sup>10</sup> so riesgo de que, en caso contrario, estas se sacudan su peso de los hombros y gobiernen ellas, aunque gobiernen mal. Martí lo sabe por la historia de casi toda la América, ya republicana, del Sur del continente; también, por experiencias habidas en su propia patria, durante la Guerra Chiquita, y —aun antes— por acontecimientos de la Guerra de los Diez Años. De ahí la necesidad de una democracia verdaderamente popular y revolucionaria, donde los cultos dirijan y gobiernen en alianza con, y a nombre de, los hombres de escasa o ninguna cultura de la gran masa del país.
11. La convicción —expresada a través de principios claramente enunciados en México (1875) y en Guatemala (1877)— de que, primero: «es preferible el bien de muchos a la opulencia de pocos»;<sup>11</sup> segundo: «un progreso no es verdad sino cuando invadiendo las masas, penetra en ellas, y parte de ellas»,<sup>12</sup> y tercero —expresado en 1880, a menos de quince días de haber llegado a Nueva York—: «no es posible dar solución a la honda revuelta de un país en que se mueven diversos factores, sin ponerlos de acuerdo de antemano, o hallar un resultado que concuerde con la aspiración y utilidad del mayor número». <sup>13</sup> En la raíz de todo esto está —aunque no sea posible detenernos ahora en ello— su temprana filiación y toma de partido junto a los sectores más excluidos y desheredados de nuestras sociedades: el negro de Cuba, el indio que conoció en México y Guatemala, y que constituye una parte fundamental de su fuerza de trabajo rural; e, incluso, su defensa de los sectores más humildes en sociedades temporalmente republicanas, como la española, a cuyas masas —de parte de las cuales estuvo— vio masacrar en Zaragoza.

Ciertamente, no es este poco equipaje para llegar, en 1880, a la república más adelantada y consolidada de todo el continente americano.

Pero Martí va sin todas las respuestas: va sin propuestas concretas de solución para la mayor parte de los problemas que ha detectado y analizado en la parte nuestra de América. Solo ha hecho llamados a buscar esas respuestas, nacidas de —y ajustadas a— nuestras realidades originales y concretas; y dejado más de un postulado definitorio: «A propia historia, soluciones propias. A vida nuestra, leyes nuestras». <sup>14</sup>

Alzarse aquí conflictos que nuestra situación peculiarísima produce: discútase aquí leyes, originales y concretas, que estudien, y se apliquen, y estén hechas, para nuestras necesidades exclusivas y especiales. <sup>15</sup>

## La experiencia norteamericana

Parece que fueron cuatro los planos determinantes en el análisis hecho por José Martí de la sociedad estadounidense de su época: social, económico, político y humano. No me estoy refiriendo, en este último caso, al plano cultural —aunque lo hubo—, sino a su valoración del tipo de hombres y mujeres que aquella sociedad estaba en condiciones de producir, y produjo.

Hasta su llegada a Nueva York, el conocimiento de Martí acerca de la sociedad republicana de los Estados Unidos —además, desde luego, del conocimiento indubitable de su historia— ha tenido lugar en dos planos. Por una parte, sus impresiones sobre las gentes del país —o lo que es lo mismo, el pueblo estadounidense— y sobre la propia sociedad que produjo tal pueblo y su sistema de valores. Por el otro costado, sus corroboraciones o constataciones de las tendencias del país sobre la otra parte del continente —que es la de Martí—, y a la que ya ha llamado a defenderse de manera que se impida u obstaculice la materialización de tales tendencias.

De ahí que su análisis de la sociedad estadounidense tenga también, entonces, un doble sentido u objetivo:

- a) Mover a la América Latina a cerrar todos los espacios —muy amplios, por cierto— por donde pudieran cobrar fuerza y materialización las tendencias estadounidenses a la expansión, la absorción y el dominio.
- b) Buscar, en el conocimiento de la sociedad norteamericana, los elementos que pudieran haber producido tales resultados históricos, y que debían ser, precisamente, impedidos por las repúblicas latinoamericanas.

La tarea de estudiar a fondo la realidad estadounidense en los cuatro planos que hemos mencionado; el intentar detectar, precisamente, lo que no hay que llevar, siquiera como abono, al terreno propio latinoamericano (y sin dejar de admirar lo verdaderamente admirable de aquella que era, en su época, la más avanzada de las entidades republicanas); el intentar definir los caminos que llevaron a un resultado republicano contra el cual ya ha llamado a defenderse a los pueblos de su América, y opuesto a lo que para nuestras tierras Martí aspira, con carácter de urgencia vital, será lo que irá inmediatamente dando forma a una propuesta o proyecto martiano, que se profundizará y perfilará desde los primeros años de la década del 80, y que ya habrá alcanzado un alto grado de madurez —y de urgencia— al ser interrumpido por su muerte: la total subversión democrática de la América Latina, la elaboración de una propuesta capaz de ayudar a evitar que sus sociedades republicanas transitaran, en busca del desarrollo, por el mismo camino de las repúblicas nacidas de realidades ajenas (que no son *su* república), y que no llegasen a resultados históricos similares a los que —aun desde antes de llegar a

establecerse en Nueva York en 1880— ya no aceptaba, y rechazaba, de la sociedad republicana estadounidense.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, no podemos asombrarnos —aunque ello nunca se haya destacado— que también para los Estados Unidos, para el pueblo estadounidense, quiera Martí que las ideas, las formas y las instituciones que adopten se ajusten a lo real (y a lo natural) de aquel país. Tal vez esta aspiración haya estado —como uno de los elementos fundamentales— en la raíz de su gran admiración por Emerson, y de sus confluencias con el gran pensador norteamericano en muy diversos planos.<sup>16</sup>

En una de las crónicas de 1882, señala:

Y así se precipitan en los diarios las nuevas, los aniversarios, las lidias del Congreso, las noticias de muerte, los cuentos de crímenes, las narraciones de fiestas, la historia de las rebeliones imponentes que se encrespan y estallan en las ciudades vírgenes de las lejanas selvas y que parecen ensayos tímidos de la revuelta colosal y desastrosa con que, en futuros tiempos, habrá de estremecer a esta tierra la pelea de los hombres de la labor contra los hombres del caudal. De Europa viene a este país la savia y el veneno. El trabajador que viene aquí ya odia. Si prospera, como su rencor era alimentado por su infortunio, acalla su rencor. Mas si medra pensosamente, y mientras no medra, vierte en los que le cercan el odio que le llena.<sup>17</sup>

Parecería que está inculcando de los problemas sociales en los Estados Unidos exclusivamente al inmigrante europeo, al europeo odiador. Pero, de inmediato, deja ya bien sentados la dirección y el nivel societal de su análisis, y dice:

De vivir exclusivamente para el laboreo de una fortuna, viene que sea desnudo y formidable el apetito de poseer, envilecedor de los hombres cultos, y tremendo en los hombres ignorantes. Vese aquí [se está refiriendo a la sociedad estadounidense] cómo los ricos se van agrupando y espaldando, y buscando gobierno para sí, que les ponga a cubierto de las demandas de los pobres. Y vese cómo los doloridos de otras tierras, enardecidos por la dificultad que a su progreso opone el visible concierto de los ricos, azuzan las iras y avivan la mente de los pobres desasossegados. En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercede. En este colosal teatro llegará a su fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores.<sup>18</sup>

Sigue a estas palabras una consideración de Martí de muy largo alcance, que tiene validez para toda sociedad, para todo pueblo, y para toda época, y que lo lleva de manera inmediata a una conclusión tremenda en relación con la sociedad estadounidense:

Los problemas se retardan, mas no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar en ellos, decir lo cierto bravamente, desamar el bienestar impuro, y vivir virilmente [...] En otras tierras se libran peleas de raza y batallas políticas. Y en esta [en los Estados Unidos] se librá la batalla social tremenda.<sup>19</sup>

Creo que queda claramente sentado que no se trata, en modo alguno, de que Martí atribuya a la presencia o a

**Y trata el cronista [...] de mostrar las soluciones autóctonas que pueden surgir desde el seno de la propia sociedad norteamericana, y también el modo de que los pueblos de nuestra América pueden aprender a evitar la copia acrítica que a unos y a otros Martí censura y reprocha.**

la acción de los inmigrantes europeos la culpabilidad por los graves problemas sociales que ya por entonces anidan —y se desarrollan— en la sociedad estadounidense. Muy por el contrario: en esa misma crónica a la que hacemos referencia, Martí dedicará varios párrafos a destacar la creciente generalización de los conflictos obreros en todo el país, y a reseñar algunos de ellos. Y a dejar claro por sobre todo lo demás —y es este uno de los puntos en que deseo insistir— que la sociedad estadounidense tiene, ya entonces, y de por sí, sobrada capacidad para generar sus propios grandes odios, y sus propios y violentos enfrentamientos sociales.

Pero el cronista cubano está atendiendo además, y de manera muy particular, a la trascendencia de que se adopten o no se adopten, por el conjunto de esa sociedad estadounidense (tanto por los que ejercen el poder, como por los que se defienden de él), los métodos que los viejos odios y las viejas hambres de Europa, nacidos de otras y ajenas realidades, han generado en aquella parte del mundo.

Así, pocas semanas después de narrar los hechos anteriormente mencionados, Martí relata en otra crónica:

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos por la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin. [...] El obrero pide salario que le dé modo de vestir y comer. El capitalista se lo niega.<sup>20</sup>

Entonces, explica Martí, el obrero se rebela. Pero ya estas rebeliones han dejado de ser hechos aislados: las asociaciones obreras —dice— han sido infructuosas en Europa, y han resultado «desfiguradas por sus propios creadores», como consecuencia de haberse propuesto, «a la vez que remedios sociales justos, remedios políticos violentos e injustos». Sin embargo, sí son exitosas en los Estados Unidos, porque solo se han propuesto solucionar, «por modos pacíficos y legales», los males «visibles y remediables» de los hombres del trabajo.<sup>21</sup>

Ya hemos dicho que Martí había expresado su justo criterio de que «de Europa viene a este país la savia y el veneno».<sup>22</sup>

En rigor, de «la savia» había ya por entonces hablado con encomio en muy diversas ocasiones: en casi todas sus crónicas del período, el tema había ocupado un lugar de sincero destaque.

Así ocurrió, por ejemplo, en relación con la muerte de «un italiano modesto, tenaz y honrado, que comenzó en un rinconcillo de la ciudad baja vendiendo pasteles y anunciando refrescos», y que innovó la cultura culinaria neoyorquina: Lorenzo Delmónico.<sup>23</sup> Y así había sido, también, con motivo de la muerte del profesor John William Drapper, que «nacido en Inglaterra y vivió en los Estados Unidos», y cuyas obras «están traducidas al francés, al italiano, al alemán, al polaco, y al ruso: ¡una apenas está traducida al castellano! —dice Martí—: “Los Conflictos entre la Ciencia y la Religión”».<sup>25</sup>

Pero no solo había paralelamente rechazado y censurado «el veneno» ajeno que entraba con los inmigrantes europeos en los Estados Unidos —junto con odios también ajenos— desde otras latitudes y realidades. En realidad, Martí había despreciado y criticado, con igual fuerza —y este es el segundo de los puntos que considero fundamentales— el otro veneno: el que habían voluntariamente incorporado a sí mismos (y a su sociedad) aquellos que no tenían siquiera la excusa de ser necesitados y menesterosos, y adoptaban modos europeos de pensar y de ser que contribuían a desvirtuar las originales y auténticas realidades norteamericanas. Y lo condena a párrafo seguido, después de las descripciones y síntesis que ya he mencionado en relación con la crónica del 12 de marzo de 1882. Ya no se trata solamente, para él, de los viejos odios y los viejos rencores de que pueden ser portadores algunos grupos de inmigrantes, sino del «veneno» de la sumisión voluntaria de algunos grupos sociales estadounidenses a las costumbres y a las aspiraciones de las viejas sociedades europeas. Tanto las unas como las otras penetraban la realidad norteamericana a través de un segundo y no menos peligroso grupo de «portadores de realidades ajenas».

En más de una ocasión, muchos años más tarde, Martí se referirá a los Estados Unidos como «la América europea», y en más de una ocasión le censurará a la sociedad estadounidense el haber llegado a tener los vicios todos, y todos los odios, de las antiguas monarquías de Europa. Pero ahora, en la crónica a la que estoy haciendo referencia, ya está denunciando a aquellos que se han convertido en el vehículo de esa europeización que nada tiene que ver con el espíritu originario de los fundadores (ni con el espíritu del pueblo real) de los Estados Unidos.

Ha narrado en su correspondencia a *La Opinión Nacional* de Caracas (a sus muchos lectores venezolanos, y del resto de América Latina), y con verdadero arremetimiento e indignación, cómo existen

norteamericanos capaces de intentar honrar a un norteamericano traidor que —allá en los tiempos en que guerreaba contra Inglaterra George Washington—, se dejó comprar por el inglés, e hizo posible para la Inglaterra colonialista salir triunfante del asalto a una fortaleza a orillas del Hudson: nada menos que la de West Point. En los momentos de Martí, se había intentado construir —como en efecto se construyó— un monumento a aquel que logró que se consumara la traición. Y Martí describe, con perceptible apasionamiento, la situación creada en relación con el monumento, y en relación con el homenaje. Va allí —como siempre va—, a la raíz de los problemas:

es ahora moda de americanos de alma enferma, solicitar gracias y halagos de la metrópoli inglesa, porque hay frentes serviles, hechas para el yugo, cuyos dueños emplean la riqueza que heredaron de sus padres trabajadores en esconder que vienen de ellos, porque no tengan a mal los nobles de mano fina de Londres soberbia, sentar a su mesa a hijos de menestrales y labriegos. A veces tiene vientre de oro quien tiene testuz de can; es crimen avergonzarse de los que hicieron su patria colosal y libre [...], y besan la orla de las casacas señoriales de los que mantuvieron a su patria en hierros, a su riqueza en diques, a su decoro en cepo, a su razón en ignorancia ignominiosa.<sup>25</sup>

De esas «frentes yugales» —continúa Martí— vino el pensamiento de erigir al traidor, a la margen del Hudson, un monumento que, efectivamente, fue erigido; y también, por la iniciativa de otros norteamericanos, destruido.

Pero, ¿quién que —al menos— haya leído el ensayo-programa «Nuestra América», no sería capaz de reconocer en estos trabajos martianos de casi diez años antes, los mismos objetivos de leal autoctonía, y la misma condena al sometimiento de los que también reniegan de su patria y de su origen, en la parte nuestra del continente? ¿Quién no vería, aun cuando lo lea por primera vez, que trata, en su crítica y su condena, de la misma sumisión, de la misma voluntaria entrega y ciega vocación por lo foráneo?

¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su propia tierra? ¡Estos «increíbles» del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!<sup>26</sup>

Sin lugar a dudas, el magnífico pasaje de «Nuestra América» habla del mismo tipo de «almas enfermizas» de que habla su crónica en el diario venezolano.

Y en verdad son, para Martí, los mismos: los mismos portadores de realidades ajenas, aunque no hayan inmigrado desde otras tierras; los mismos portadores de la negación de lo auténtico americano —norteamericano, o suramericano—, aunque para los unos la negación

llegue de Inglaterra o de Alemania, y para los otros llegue de España, o de París, o de esos mismos Estados Unidos cuya autenticidad y autoctonía Martí también conoce, y también defiende.

No puede entenderse de otro modo que, hablando en alguna de sus crónicas del tan admirado por él Henry Ward Beecher, Martí marcara la diferencia entre la autenticidad del orador Beecher —quien «ve las cosas con ojo americano»— y la voluntaria europeización de otros. Y dice:

Oírlo es dar en la clave de este país extraño, que tiene de infantil y de maravilloso, y en igual grado lo repulso y lo atrayente. La palabra francesa de Chauncey Depew, la palabra universitaria de George Curté, la palabra llana del abogado Choate, la imperial palabra del elegante Conkling, revelan ya la influencia de las altas clases y literatura alta de los pueblos viejos en este nuevo país. La palabra descarnada, vigorosa, familiar, desenvuelta, pintoresca; la palabra brusca, sincera, cándida, llana; la palabra yanqui: esa es la de Henry Ward Beecher.<sup>27</sup>

Hablando —en otra de las crónicas del período— del candidato neoyorquino Astor, «pobre de años, mas no de millones», destacaba que

es miembro, y aspira a ser representante, de esa singular aristocracia de la fortuna, que pretende, para tener pergaminos, hacer olvidar los únicos que la honran: sus modestos pañales. Los ricos de la primera generación recuerdan con cariño aquella época en que fueron mozos de tienda, cuidadores de caballos, cargadores de lana, mandaderillos miserables, criadores de vacas. Pero los ricos de la segunda generación [y estos son los que a Martí le ha tocado conocer y censurar], que montan galanamente en los caballos que llevaron de la brida sus padres, ven como blasón de indecoro en los neorricos aquello que fue para sus padres blasón de honra: la creación de sí. Un acaudalado que se está haciendo, es un ser bajo y desdeñable para un rico ya hecho. Y hay abismo hondísimo entre los poderosos por herencia, delgados, pálidos, y a modo de lengua flauta —porque es la usanza de la señoría inglesa— aderezados; y los poderosos del trabajo, saludables, castos, decidores, rollizos, y extremadamente limpios, con la antigua limpieza americana, sobria y sólida.<sup>28</sup>

«Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria», dice, y, refiriéndose a uno de los candidatos en el proceso electoral que en esos momentos reporta, añade:

De estos es apoyado y a estos apoya Astor. [...] Es para él cosa de código que su familia, su millonaria familia, debe estar representada, como en los antiguos brazos del Estado en las antiguas Cortes, en el Congreso de la Unión. Y era este como un ensayo inoportuno del sistema aristocrático de Inglaterra, cuyos jóvenes nobles aprenden, como ineludible deber e inabandonable derecho, el arte de gobierno.<sup>29</sup>

Pero no solo trasmite Martí los elementos que reprocha al devenir político de los Estados Unidos como sociedad y como país. Se ha lamentado con frecuencia de estos resultados históricos, que ya censuraba —como recordábamos antes— desde 1871, el año inicial de su primera deportación a España. Y si describe las navidades neoyorquinas, y menciona la Chanucka hebrea, no puede

dejar de mencionar el 11 de diciembre, y decir que «los hijos de los peregrinos tuvieron también su fiesta: mas ¡ay! que ya no son humildes, ni pisan las nieves del Cabo Cod con borceguíes de trabajadores, sino que se ajustan al pie rudo la bota marcial; y ven de un lado al Canadá, y del otro a México».<sup>30</sup>

Y trata el cronista, en cada ocasión que las noticias lo permiten, de mostrar las soluciones autóctonas que pueden surgir desde el seno de la propia sociedad norteamericana, y también el modo de que los pueblos de nuestra América pueden aprender a evitar la copia acrítica que a unos y a otros Martí censura y reprocha.

Tal es el caso de sus comentarios con motivo de la salida a la luz de un nuevo libro del ya anciano George Bancroft. Para Bancroft

no hay acontecimiento aislado. La revolución que había de hacer libre a esta tierra empieza para él en la plegaria del primer puritano que hincó en tierra la rodilla. El ve desde la cima, por lo que abarca todo lo que pasa en el llano.<sup>31</sup>

Enfatiza con fuerza el cronista cubano cómo el anciano historiador, en su nueva obra,

cuenta cómo se elaboró la Constitución que hoy rige a este pueblo, y por qué vino a ser como es, y por qué no pudo ser mejor, y cómo llegó a ser necesaria, porque el país nuevo iba a menos con los pujos de independencia y soberanía de los trece primitivos Estados.<sup>32</sup>

Buscar en esa historia de los Estados Unidos, de la manera que la ofrece Bancroft, es para Martí tener la oportunidad de aprender el modo en que se llega a las instituciones legítimas, originales y auténticas que para toda la América propugna.

El libro que ha de leer todo hombre americano, porque viendo por qué causas meramente locales y transitorias se han producido en la forma en que aquí existen determinadas instituciones, se aprende que no deben ser estas a ciegas imitadas, a menos que no se reproduzcan en el país en que se establezcan condiciones iguales a las que en este país las produjeron. Y conociendo los orígenes de esas instituciones deslumbrantes, podremos acercarnos a ellas, o apartarnos de ellas, o alterarlas en la acomodación a nuestros países, o no acomodarlas, conforme al grado de semejanza entre los elementos de nuestras tierras en la época en que elaboramos su Constitución, y los elementos que decidieron a esta tierra a hacerla como se hizo.

Por eso dura esta Constitución [de los Estados Unidos]: porque, inspirada en las doctrinas esenciales de la naturaleza humana, se ajustó a las condiciones especiales de existencia del país a que había de acomodarse, y surgió de ellas.<sup>33</sup>

Al dar la noticia del nuevo texto de Derecho constitucional, Martí hace de esta crónica neoyorquina más que una lección de historia, una lección de política independiente para los pueblos de América Latina:

Una constitución es una ley viva y práctica que no puede construirse con elementos ideológicos. En ese libro combaten diversas necesidades, ideas y hechos. En ese libro se ve cómo los más puros legisladores hubieron de sacrificar una buena parte de su idea pura, para no perderla toda. [...] Se entra en la causa íntima y secreta de todas las instituciones

[norteamericanas]. Se queda en capacidad de juzgar, por lo puro o impuro del origen, lo respetable o irrespetable de ellas, y lo que pudiera tomarse, y lo que no debe tomarse.<sup>34</sup>

Y concluye con lo que es casi una exigencia —una constante y permanente exigencia— hacia los hispanoamericanos que leen sus crónicas neoyorquinas en *La Opinión Nacional* de Caracas, o en los diarios que, en otros países, con insospechada frecuencia las reproducen: «Ese libro debiera ser la almohada de nuestros pensadores».

En esas crónicas, que corresponden a un breve período, se hallan varias de las claves fundamentales de los criterios de José Martí acerca del carácter —genuino o no— de una respuesta; de la condición de autenticidad de una solución política, social o cultural; de su aspiración a que no se asuman sin crítica o sin ajuste, o sin la imprescindible adaptación —si es que la realidad las permite, las requiere, las aconseja y las acepta—, las ideas, las luchas, los modos de vida o de ser, llegados de otras realidades.

En Nueva York —y muy posiblemente, solo en el Nueva York de su época— fue posible, y válido, el intento del cubano. Quizá porque allí encontró evidentes ratificaciones de criterios suyos muy tempranos; quizá porque allí, al buscar respuestas para su América, las buscaba y hallaba también para la otra: para la América que ya comenzaba a amenazar a la suya. O quizá porque supo desde entonces —digo yo— que «patria es humanidad», y pudo caracterizar sin rencor, y con palabras perdurables, a la ciudad que si bien le sirvió de centro y base para el inicio de una lucha que no sería posible analizar en este breve artículo, era también la sede donde radicaban —sobre todo— los intereses políticos y financieros que ya habían decidido lanzarse (y lo hacían) contra el archipiélago en que se incluía su patria chica natal, y contra su patria grande latinoamericana.

Pero es necesario señalar, además, que ese Nueva York era también *su* Nueva York, a pesar de que confesó alguna vez sentirse como viviendo en «una copa de veneno», y de que en aquella ciudad llegó a sentirse «como boxeado»:

Aquí hierven —dice Martí en una de sus crónicas— en junto con los modernos problemas humanos, los problemas concretos de América, y ambiciones que alarman y grandezas reales que deslumbran.<sup>35</sup>

Fue así como José Martí vivió —y percibió, comprendió y plasmó en imágenes de futuro— a aquel Nueva York donde se asentó durante más de una década, sin detener por ello el infatigado camino de una vida que, todavía ahora, no está ni acabada ni cumplida.

## Notas

1. En lo que respecta al dato estrictamente biográfico —y geográfico—, quizá no resulte sobranter recordar que José Martí conoció la ciudad de Nueva York en 1875, pocos días antes de cumplir 23 años de edad, y permaneció en ella, en esa ocasión, solamente doce días: del 14 al 26 de enero, en tránsito hacia México como deportado político de ya cuatro años de exilio en la metrópoli colonial. No regresaría a Nueva York sino a la vuelta de cinco años

más —en los últimos días de 1879, o en los iniciales de 1880—, tras haber residido, también como exiliado, en México y Guatemala; haber regresado a La Habana en una estancia que no alcanzaría a completar los trece meses, y haber sido nuevamente deportado a España en septiembre de 1879.

2. José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 21, p. 15-16. En lo adelante esta edición será citada como *O. C.*

3. *Ibidem*.

4. *Ibid.*

5. José Martí, «La polémica económica.- A conflictos propios, soluciones propias.- La cuestión de los rebozos.- Cuestiones que encierra» (*Revista Universal*, México, 29 de septiembre de 1875), *O. C.*, t. 6, p. 335.

6. José Martí, «Carta a Manuel Mercado» [Nueva York, 3 de agosto de 1889], *O. C.*, t. 20, p. 147.

7. José Martí, «Nuestra América» (*El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891), *O. C.*, t. 6, p. 19.

8. José Martí, «México y los Estados Unidos» (*Revista Universal*, México, 27 de abril de 1876), *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, La Habana, 1985, t. II, p. 266.

9. Esas divisiones, desuniones y contraposiciones contribuyeron, por ejemplo, a hacer imposible la unidad y la coordinación entre los independentistas cubanos en 1879-80, lo que dio como resultado que solamente pudiera tener lugar un conjunto de alzamientos aislados que no llegaron a integrarse en un único esfuerzo insurreccional de todo el país, y que (quizá indebidamente) han pasado a nuestra historia con el nombre de Guerra Chiquita.

10. Y ya con esas ideas, hay constancia de que Martí llega a España, en su segunda deportación, en 1879. José Martí, *Cuaderno de apuntes* [Madrid, 1879], *O. C.*, t. 21, pp. 107-108.

11. José Martí, «*El Proletario* de Castillo Velasco.- El papel barato.- La utilidad del sistema prohibitivo» (*Revista Universal*, México, 12 de octubre de 1875), *O. C.*, t. 6, p. 346.

12. José Martí, «Reflexiones destinadas a preceder a los informes traídos por los jefes políticos a las Conferencias de mayo de 1878», *O. C.*, t. 7, p. 168.

13. José Martí, «Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880», *O. C.*, t. 4, p. 205.

14. José Martí, «Graves cuestiones. —Indiferencia culpable. —Agricultura, industria, comercio y minería. —Economía propia» (*Revista Universal*, México, 14 de agosto de 1875), *O. C.*, t. 6, p. 312.

15. *Ibid.*

16. Véase José Ballón, *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*, Editorial Pliegos, Madrid, 1986. Véase también conferencia ofrecida en el Centro de Estudios Martianos en diciembre de 1991.

17. José Martí, «Carta de Nueva York» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 31 de marzo de 1882), *O. C.*, t. 9, pp. 277-278.

18. *Ibid.*

19. *Ibid.*

20. *Ibid.*, p. 322.

21. *Ibid.*, p. 323.

22. *Ibid.*

23. José Martí, «Noticias de los Estados Unidos» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 1º de octubre de 1881), *O. C.*, t. 9, p. 49.

24. José Martí, «Carta de Nueva York» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 21 de enero de 1882), *O. C.*, t. 9, p. 226.

25. José Martí, «Carta de Nueva York» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 31 de marzo de 1882), *O. C.*, t. 9, p. 279.

26. José Martí, «Nuestra América» (*El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891), *O. C.*, t. 6, p. 16.

27. José Martí, «Carta de Nueva York» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 15 de noviembre de 1881), *O. C.*, t. 9, pp. 99-100. Vale la pena destacar la utilización por Martí del vocablo «yanqui», como virtual sinónimo del concepto de «criollo», que en ocasiones utilizó también para referirse a los norteamericanos de la época de la guerra contra Inglaterra.

28. José Martí, «Carta de Nueva York» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 26 de noviembre de 1881), *O. C.*, t. 9, p. 108.

29. *Ibid.*

30. José Martí, «Carta de Nueva York» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 6 de enero de 1882), *O. C.*, t. 9, p. 205.

31. José Martí, «Carta de Nueva York» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 1882), *O. C.*, t. 9, p. 307.

32. *Ibid.*

33. *Ibid.*

34. *Ibid.*, pp. 307-308.

35. José Martí, «Carta de los Estados Unidos» (*La Nación*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1882), *O. C.*, t. 9, pp. 326-327.